

frutos del Evangelio, y los caracteres de la vida cristiana.

§ 5.

376. *P.* Aunque el Cristianismo se presente bajo una perspectiva tan favorable, sin embargo ¿no pudo con razon decir Bayle, que un Estado compuesto solo de verdaderos cristianos, no podria sostenerse?

R. Esta paradoja, aunque refutada perfectamente por el autor del *Espíritu de las leyes* (l. 24, c. 6), no tenia ciertamente necesidad de otra refutacion que el enunciarla; proponerla es impugnarla. ¡Cómo! la pureza de costumbres, la caridad, la justicia, la misericordia, y la fidelidad á Dios, que forman el carácter del Cristiano, ¿serian la ruina de un Imperio, de un Estado? ¿Deberán acaso buscarse para su conservacion el desenfreno en las costumbres, el odio, la impiedad? Semejante idea solo podia ser digna del autor, que la ha concebido¹. — Si el Evangelio fuese puesto en práctica mas generalmente, el mundo cada dia estaria mejor. El trabajo, la industria, los talentos serian mejor dirigidos, y mas eficazmente estimulados: porque todas las relaciones de la

¹ Bayle habla aqui como Corneille hace hablar á Fotino en la tragedia del *Pompeyo*: solo un maquiavelista insensato puede adoptar máximas tan destructoras y abominables.

No su muerte llameis un atentado,
 Cuando debiera seros ya notorio,
 Que no es virtud de estado la justicia:
 Que un cortesano piensa de otro modo.
 Entre acto criminal ó equitativo
 La juiciosa eleccion sirve tan solo
 De disminuir el precio á las coronas:
 El derecho de un Rey el mas glorioso
 Es nada perdonar: fuera reparos,
 Si de obstáculo sirven á algun logro.
 La tímida equidad es enemiga
 Del arte de reinar; pues poco á poco
 Quien la temió una vez, temerá siempre:
 Y es principio asentado entre nosotros,
 Que quien todo poderlo se proponga,
 Dehe atraverce á quebrantarlo todo.

sociedad llevarian la sancion de la justicia, de la conciencia, y de la buena fe.

377. *P.* ¿Cómo se han de unir la sinceridad, y rectitud tan recomendadas por la Religion cristiana, con la política que conserva los Estados engañando á sus enemigos, y rivales?

R. La justicia, y en general toda virtud, pero especialmente la sinceridad, la rectitud y buena fe, son el fundamento de la felicidad de las naciones, como lo son de la de los particulares. Prescindiendo de las utilidades, que producen en lo interior, como el buen orden, la union, la concordia, los placeres inocentes, la paz profunda, y la dichosa abundancia, exteriormente traen consigo, y con los demás Estados, una benevolencia recíproca, el respeto, la consideracion, la estimacion y confianza, que respectivamente son las mismas de nacion á nacion, que de particular á particular. La confianza que inspira un pueblo virtuoso, le asegura un imperio mucho mas real y sólido, que el que puede adquirirse por la astucia, la fuerza ó las mayores riquezas. La verdadera política, al revés de esas mezquinas artes del disimulo y astucia, que solo procuran un bien momentáneo, á costa y con la pérdida de mayores bienes futuros; la verdadera política, como fundada sobre grandes virtudes y vastas ideas, hace salir del bien general y común la gloria y la felicidad de una familia, de una sociedad, de cualquier orden y clase de ciudadanos, de un pueblo entero: ella no procura ventaja alguna particular, que no sea despues principio, germen, y origen de otras mayores y mas grandiosas. El arte de engañar á los hombres no es el de hacerlos felices¹.

¹ « Pensar bien, hablar como se piensa, y obrar como se habla, » son, dice un verdadero político, tres cualidades esenciales á todo » Príncipe, que quiere gobernar felizmente sus Estados (*Cartas del Conde de Tessin*). » — ¿Quién ha hecho ver en el gobierno del Estado mas política mas cristiana, quiero decir, una conducta mas recta, mas firme, mas constante, que un Sugero, un Amboise, un Card. Jimenez? ¿y qué Estado, qué nacion hubo, ni fué jamás tan gloriosa, como las que fueron gobernadas por estos grandes hombres? « Pedro Martin, hablando del ministerio de este último, dice: » de aqui ha venido aquella tranquilidad desconocida hasta enton-

Esa falsa prudencia, que se honra y decora hoy con el nombre heroico de Política, y en último resultado se reduce á un miserable circulo, siempre incierto, de intrigas y supercherías, no es la verdadera sabiduría; y solo ha podido ser inventada por unos hombres, á quienes les costaba sin duda menos ser falsos y fingidos, que virtuosos: no teniendo una guia segura, solo puede acertar por casualidad¹, y á poco tiempo debe necesariamente naufragar en los escollos que encuentra: no corrige un error sino con otro; ni se ocupa mas que en buscar recursos y expedientes, sin advertir que no hay recurso para quien ha llegado á hacerse despreciable, y se ha atraído con su proceder el odio y la desconfianza de los demás¹.

378. P. ¿Pero la mansedumbre, que inspira la Religion cristiana, no supone una indiferencia á las cosas de la tierra, que rompe todos los vínculos de la sociedad? La humildad y paciencia, tan recomendadas en el Evangelio, ¿no destruyen el valor militar, que es tan preciso para la defensa de los Estados? En fin, siendo las pasiones los agentes de las acciones grandes, debiendo el cristiano refrenarlas, comprimirlas, subyugarlas, ¿cómo podrá haber acciones grandes entre ellos, ni engrandecerse, ni aun sostenerse los Estados?

» ces en España, aquella concordia de todos los órdenes y estados, » aquel espíritu de justicia difundido por todo el reino, y aquel aire » de superioridad que reina en todas nuestras empresas (*Epist.* VIII, » l. 5). » « No hay cosa, decia Estanislao, el *Benéfico*, que mejor » haga desaparecer, ó al menos abatir el disimulo y artificio, que el » candor y la sencillez. La astucia envilece la política, asi como la » hipocresía degrada la devocion: la disimulacion de un Rey no » debe pasar del silencio. » Por esto dice de él su historiador, que se compadecia de aquellos Príncipes, que pensaban debían aprender á disimular para saber reinar, y que confundiendo las virtudes con los vicios que se les asemejan, dan el nombre de prudencia á la astucia, llaman reserva á la trapacería, destreza á la falsedad, y habilidad al artificio.

¹ No se puede leer sobre esta materia cosa mas sólida ni mas luminosa que la *Política de la Escritura sagrada* de Bossuet. Véase tambien el excelente tratado de Warburton: *Union de la religion y de la política*, traducido al francés por Silhouette, el 1742, 2 vol. en 12°.

R. La mansedumbre cristiana no se opone en manera alguna á la defensa racional de sus derechos y posesiones; y léjos de romper los vínculos de la sociedad, al contrario, desterrando y alejando de sí los odios y los excesos de la venganza los conserva y estrecha más sólidamente. El espíritu de verdad, de mansedumbre y de justicia, decia David, es el que admirablemente dirige las acciones de los guerreros, el que hace sus armas formidables, y asegura la victoria contra los enemigos del Rey¹. — Los impios confunden voluntariamente la *paciencia* con la *pusilanimidad*, sin querer entender que la humildad y la paciencia, léjos de ser efectos de aquel vicio, son fruto de la sana razon, y de la verdadera fortaleza de espíritu. La nota que Maquiabelo impone aquí á la Ley Evangélica, está contradicha por la experiencia y las observaciones de los mayores enemigos de la fe. Scanderberg ¿dejó de ser cristiano por haber ganado veinte y dos batallas contra los Turcos? El valor de los Macabeos, que sacrificaron su vida en defensa de su Religion y de su patria, ¿no está aprobado en las santas Escrituras, y aun presentado como modelo y ejemplar á los verdaderos ciudadanos²? La historia nos presenta entre los mejores cristianos, los mas valerosos guerreros³ El libertino tiembla en los peligros, entre los cuales el cristiano toma nuevas fuerzas⁴ con la esperanza de la inmortalidad. *Su extremada devocion*, dice Voltaire, hablando del marqués de Fenelon, muerto en la batalla de Rocoux (*Historia de Luis XV, l. 1, p. 209*), *aumentaba su intrepidez; pensaba que la*

¹ Propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam, et deducet te mirabiliter dextera tua. Sagittæ tuæ acutæ, populi sub te cadent, in corda inimicorum regis. *Ps.* XLIV, 5, 6.

² Melius est nos mori in bello, quàm videre mala gentis nostræ, et sanctorum. *I Mach.* III, 59. Absit istam rem facere, ut fugiamus ab eis, et si appropriavit tempus nostrum, moriamur in virtute propter fratres nostros, et non inferamus crimen gloriæ nostræ. *Ibid.* IX, 10.

³ El mejor cristiano, decia Gustavo Adolfo, es tambien el mejor soldado (*Geschichte, Gustave Adolphe, á Breslau, 1772*).

⁴ Véase lo que hemos dicho de los efectos del temor de Dios n. 125.

accion mas grata à Dios, era morir por su Rey. Es preciso confesar, que un ejército compuesto de hombres que piensan así, sería invencible. Al testimonio del oráculo de nuestros filósofos, añadiremos el de un poeta gentil, que sin pensarlo, hizo el retrato de un soldado cristiano,

.....qui Deorum
Muneribus sapienter uti,
Duramque callet pauperiem pati,
Pejusque letho flagitium timet:
Non ille pro caris amicis
Aut patria timidus perire. — *Hor., l. iv, Od. 8.*

Que de los Dioses usa
Con discrecion los dones,
Ni á la dura pobreza se rehusa:
Temiendo mas en todas ocasiones
Que el horror de la muerte,
Lo que puede manchar su ánimo fuerte:
Por la amistad y patria tan querida
Jamás este repugna dar su vida.

Todo cuanto se dice de que la Religion condena las pasiones, es un miserable equívoco, que no nos debe ocupar el tiempo. Si por *pasión* se entendió un arrebatamiento, ímpetu ó enagenamiento del alma, en que no se dé oídos á la razon, ciertamente que la Religion las condena, y es una insensatez culparla de esto; pero si solo se entiende una emocion fuerte y vigorosa, excitada por grandes motivos, y dirigida por la prudencia, la Religion, léjos de proscribir las pasiones, las excita, sostiene, fomenta y aprecia. La indignacion, el zelo, el amor al orden, una caridad activa y laboriosa, son todas hijas de la Religion. La magnificencia, la magnanimidad, el amor de la verdadera gloria, se nos representan en las santas Escrituras como otras tantas excelentes virtudes¹. Si algunos al parecer devotos son efectivamente imbéciles, menguados, inútiles á la patria, sin dignidad, ni fuego por su bien, no es la Religion la que

¹ Non des potestatem super te in vita tua.... In omnibus operibus tuis præcellens esto. Ne dederis maculam in gloria tua. *Eccli. xxxii.* Non abscondas sapientiam tuam in decore suo. *ibid. iv.* Dedit quoque Deus Salomoni latitudinem cordis quasi arenam, quæ est in littore maris. *III Reg. iv.*

los ha hecho tales; ellos la han acomodado á su natural, á sus modos de sentir y pensar, y no han conocido, ni penetrado su espíritu. — Hemos observado ya (número 139) con un hombre, á quien ciertamente no se puede acusar de preocupado, que la filosofía irreligiosa é impía es la que sofoca y ahoga las pasiones sublimes, la que la relaja los vínculos de la estimacion y benevolencia mutua, reconcentra todos los deseos en la vil abyeccion del egoismo, etc., y sus miras no se extienden fuera de sí, del *yo* individual, etc. De la doctrina mortífera de los incrédulos no puede resultar sino una degradacion general, ni formarse mas que espíritus limitados, abatidos; brutales, corazones flacos, áridos, apretados, encogidos. Donde quiera que ella se extiende, objetos pequeños, fines aun mas bajos y mezquinos, medios rateros suceden á aquel divino fuego, y á aquella elevacion de alma, que forma los grandes hombres, y los grandes guerreros. Hay aun mas: un genio demasiado hablador, supone por lo comun un alma débil. Está observado que los Atenieses, y los pueblos conquistadores no fueron subyugados, hasta que se dieron á la vaná filosofía, y prefirieron la gloria de las disputas á la de los combates.

§ 6.

379. *P.* Pero á pesar de que la Religion predique incesantemente la paz y la caridad, ¿no es cierto que con ocasion suya se han excitado muchas disputas, y con ocasion de las disputas han provenido varias guerras sangrientas, que han desolado la tierra, é inundado de sangre el universo?

R. 1º « Los hombres, dice un juicioso escritor, no han excitado las disputas porque eran cristianos, sino porque ó no lo eran, ó lo eran á medias solamente: » disputaban antes de serlo, y sino lo hubieran sido, » disputarian aun. » Mas que, ¿no se ha disputado, y se disputa entre los que no son cristianos? Cuando los pueblos son muy ignorantes, ó poco adictos á su Religion para disputar sobre el dogma, disputan sobre sus leyes, usos, costumbres, y pretensiones. A los Egipcios se les

vió degollarse mutuamente por el culto de un animal; á los Griegos por la posesion de un templo, ó de un sepulcro; á los Romanos por un histrión. Nunca han faltado á los hombres pretextos para ensangrentar la tierra, cuando no han tenido los motivos de Religión; si fuese posible curarlos de este frenesí, la Religión sería el único remedio: pero entendámoslo: los filósofos han sido siempre los que han sostenido estas disputas religiosas; el católico oye á la Iglesia, y calla respetuoso; las historias de todos los siglos nos lo demuestran palpablemente, y el nuestro es una prueba tan convincente de ello, que quisiéramos poderla disimular.

Por lo que hace á las guerras de Religión, no diremos con el filósofo Rousseau, que no ha habido una, la cual no haya tenido su origen, causa, y principio en las cortes, y en los intereses de los grandes y potentados; esta asercion, verdadera por muchos respectos, podria ser muy general. Pero en fin, ó sea que la ambicion, y el espíritu de dominar se hayan valido para sus miras del fanatismo de secta, ó que este fanatismo haya hecho servir á sus designios la ambicion y descontento de los grandes; ¿en que razon cabe atribuir á la Religión el efecto de los errores, que la despedazan? El único medio de preservar á los pueblos de este azote, es conservar en su pureza, velar constante y vigorosamente en alejar de ellos todo lo que puede corromperla ¹. Las turbulencias han tenido por lo comun origen en las nuevas sectas, las cuales siempre han sido las primeras en sacar la espada contra aquella sociedad, de quien se habian separado ². Por último, si en algún caso, ó

¹ ¿Qué advertencia tan importante esta á los Príncipes y magistrados para contener ese torrente de libros impíos é impúdicos, que inundan las naciones! ¿qué se prometen de esa desmoralizacion que van causando, y deben necesariamente causar? Oigase siquiera la voz del primer Pastor, que desde lo alto de la Cátedra apostólica nos avisa de las tramas de las sectas contra los gobiernos: aun cuando no les moviera la Religión, debiera moverles su utilidad y conservacion propia. Quien osadamente desobedece á Dios, no temerá en la ocasion desobedecer á los hombres. Quien hace la guerra directamente á Dios del cielo, no vacilará en hacerla á sus representantes en la tierra.

² Si se ha de creer á J. J. Rousseau, juez no sospechoso en esta

por algun motivo cualquiera, ha habido sediciones, muertes, y asesinatos, estos son crímenes que la Religión desapruueba y prohíbe; y quererla hacer responsable de ellos, es pretender que tenga sobre el corazón del hombre un poder absoluto é irresistible. Cuando los hombres obran bien por religion, ella es la verdadera causa, porque entonces obran segun su espíritu, y con arreglo á sus principios; pero cuando obran mal por el mismo motivo, de ningun modo deben imputarse á la Religión estos males, porque en vez de incitar á ellos, por el contrario ella los prohíbe.

² Aun dado que fuese cierto (lo que negamos) que el Cristianismo hubiese ocasionado algunos desastres pasajeros, debería examinarse, si el bien causado preponderaba al mal. *Si yo quisiera contar*, dice el autor del *Esprit des lois*, los males que han producido en el mundo las leyes civiles, la monarquía, el gobierno republicano, diria cosas espantosas (l. 24, c. 2). Compárese el estado de las naciones cristianas, á pesar de sus tan decantadas como exageradas disputas y guerras de religion, con las escenas que presenta el paganismo, las cuales, un insensato declamador (*Christ. sin velo*) parece echa de menos, y quisiera renovar; considérense los efectos que el Cristianismo produce en todos los climas, tanto bajo los hielos del erizado septentrion, como entre las abrasadas arenas del África; así en las riberas del Danubio, como sobre las orillas del Ganges; en Europa como en América; ¡Ah! donde quiera que esta Religión

materia, « los católicos, en vez de disputar sobre las pruebas de sus contrarios, deberían decirles: *Vosotros nos haceis una guerra abierta, soplais el fuego por todas partes, quereis absolutamente convertirnos, y aun violentarnos. Dogmatizáis, predicáis, censuráis, anatematizáis, castigáis, matais, ejercéis la autoridad de Profetas, y luego os declaráis como unos particulares* (Cart. 3^a de la *Montaña*). » Lo que hay de maravilloso, y aun de gracioso en la historia de las últimas herejías, es que los jefes de los facciosos, como observaba Erasmo, no movian las máquinas terribles de la rebelion, y de la guerra, sino para satisfacer algunas pasiones galantes; lo que hizo decir á este hombre célebre, que *las tragedias que representaban los reformadores, terminaban siempre como las comedias, en casamiento*.

se establece, desaparece la barbarie, los pueblos se civilizan, se desprenden, desnudan, arrojan de sí el ocio; la ignorancia; salen de la esclavitud, y se hacen mas humanos, sociales, pacíficos, felices. Basta cotejar la Abisénia cristiana con la Etiopia mahometana, la Polonia con la Tartaria, el Paraguay con los salvajes vecinos, la Europa con el resto del mundo: donde quiera, los mismos dogmas obran la misma feliz revolucion. Contra hechos tales y tan incontestables, de nada valen los sofismas y charlatanerías ridículas.

380. *P.* Mas los progresos de las ciencias ¿no han encontrado siempre obstáculos en las trabas, que la autoridad de la revelacion, y de la Iglesia, han puesto á la actividad del espíritu humano?

R. El estudio bien arreglado y dirigido, léjos de perjudicar á la Religion, sirve de darla mejor á conocer; y lo que únicamente teme y puede temer, es no ser bien conocida. Los siglos de ignorancia han sido la época mas fatal para la Iglesia, y de los mayores desastres. Así es que el Cristianismo siempre ha estado mas sólidamente establecido entre las naciones cultas, que entre los pueblos ignorantes y supersticiosos¹. ¿Ni porqué la Reli-

1 Es una observacion fundada sobre millares de hechos distintos, que los pueblos degradados por la supersticion y la barbarie, han abjurado siempre la religion con una facilidad igual á las demostraciones de adhesion que parecian tributarla. El norte de la Europa, sumergido en la ignorancia y en una credulidad estúpida, recibió sin resistencia la doctrina de Lutero, que el Mediodía habia desdeñosamente repelido de sus provincias. En tiempos y pueblos semejantes Wicleff, Juan Hus, Juan de Leyden, obraron con increíble facilidad sus espantosas revoluciones.... Al contrario, la Francia, donde las ciencias se han cultivado con tanto ardor, la Religion ha mantenido toda su fuerza y dignidad, aun en medio de los delirios filosóficos, y de los vicios que estos fomentan tan licenciosamente. De allí salieron las mas sabias y luminosas apologias de la Religion: allí el error encontró siempre adversarios vigilantes y temibles; y los pastores de los pueblos, y los ministros de los altares, hicieron renacer el zelo y las virtudes de los primeros siglos de la Iglesia. * Sí, es cierto; pero ¡ah! ¡qué de males no ha producido para ella, y para toda la Europa la inundacion de libros perniciosos, y no haber contenido desde no principio sus progresos! Los pastores clamaban, los sabios escribian en defensa de la Reli-

gion se ha de oponer á las ciencias¹? Léjos de eso, impidiendo ella al ingenio humano que se extravie en pos de los sueños de los impíos sistematizadores, y que se consuma en las extravagancias filosóficas, le conserva un tiempo precioso, y lo reduce á los estudios sólidos. Si no hubiera sido por la Religion, las ciencias habrian quedado sepultadas bajo las ruinas del imperio Romano; y hasta sus restos hubieran desaparecido á no ser por los eclesiásticos y religiosos, en cuyas manos se conservaron, y nos los han transmitido². Los pocos conocimientos, que entonces habia, se encontraban en los asilos de la devocion: si se hacia algun estudio, si en alguna parte se enseñaba algo, si se escribian ó copiaban algunos libros, era en las catedrales y monasterios. De allí se han sacado esos manuscritos, que han servido para formar todas esas hermosas ediciones, que enriquecen hoy nuestras bibliotecas. Allí es, donde en medio de las desolaciones, y horrosas escenas, que devastaban la tierra, se conservó el gérmen precioso de los conocimientos de toda especie, que se habia de desarrollar, y hacer fecundo en tiempos mas felices. — En ninguna parte se han cultivado tampoco mejor las artes y las ciencias, que entre las naciones cristianas: recórranse todas: dése una ojeada por los Turcos, Persas, Tártaros, y véase si entre ellos florecen como entre nosotros. Compárense los Chinos con los Cristianos, y á pesar de todos los pomposos elogios, que se han hecho de ellos, se verá que á su lado son unos imbéciles: que sus conocimientos se limitan

gion; pero las sectas trabajaban en el secreto de sus talleres, y cuando el gobierno quiso abrir los ojos, no los tuvo sino para llorar su desventura, y ver el camino que llevó á su Rey al Temple y al cadalso, y proseribió sus magistrados, y sacerdotes. *Principiis obsta*, se puede decir á los gobiernos, *serò medicina paratur*.

1 Véase sobre el particular el hermoso tratado de La Tour du Pin: *Union de las ciencias con la Religion*; y en el 1º *Utilidad de las ciencias en la Religion*. 2º *Necesidad de la Religion en las ciencias*. — *La devocion conciliada con los talentos*, por el Obispo du Puy, etc. Los dos excelentes tratados de Spizelio: *Felix Litteratus*, e *infelix Litteratus*, donde muestra como las ciencias hacen al hombre feliz ó desdichado, segun los motivos que le animan, los principios que admite, y el fin que se propone.

2 Así lo confirma y contesta un filósofo. Véanse *les Vues Philosophiques*, de Premontval, t. 1, p. 154.

á algunos puntos de sus usos particulares, de su jurisprudencia, y de sus leyes; al estudio de su lengua, tan embarazada y confusa, que es necesario consagrar á ella toda la vida, y aun así es bien raro encontrar uno que la sepa perfectamente. La índole y carácter de una lengua corresponde siempre al de la nación; la de los Chinos con sus setenta mil caracteres es la mas pobre y mas oscura de todas las lenguas¹. En la China el que sabe leer y escribir es tenido por un literato. Se ha hecho un extraño abuso de esta voz *letrado* en las relaciones que se han formado de aquel país, y es preciso restringir mucho su sentido. « Los mas hábiles doctores de la China », dice el P. Du Halde (*Descrip. de la China*, t. 3, » p. 46), si se exceptúa un poco de moral, por lo comun » ignoran todas las otras partes de la filosofía; no saben » formar un raciocinio justo, ni discurrir con exactitud, » y por otra parte en la física son ignorantísimos. » Por lo que respeta á las artes que se llaman útiles y de necesidad, relativas al vestido, habitacion, muebles, etc., se debe confesar, que han hecho algun progreso; pero si saben imitar, no han sabido perfeccionar: es verdad que se han aprovechado de las sedas, granas, é ingredientes para los tintes, que la naturaleza les ofrecia en el país; pero su débil talento apenas ha añadido nada. En las artes de gusto son aun niños, ó menos si cabe aun. Sobre la astronomía ya vimos (n. 267) hasta donde llegaban sus conocimientos. — Pero aun cuando fuese cierto que el Cristiano, ocupado todo en la adquisicion de las virtudes y en asegurarse una inmortalidad feliz, fuese menos zeloso de los andelantamientos científicos que los otros hombres; aun cuando todo esto se concediese, ¿porqué siendo, como sin duda sería, mas señor de sus pasiones, mas arreglado en sus costumbres, mas fiel y recto en su comercio, se ha de tachar á la Religion el haberle formado tal²? El mérito de un hombre no se debe

¹ Véase la trigésima *Coleccion de las Cartas edificantes*, etc. París, 1773.

² Un poeta moralista expresaba esta reflexión con uno de los mas hermosos pasajes de Virgilio, variando alguna que otra expresion. *Æneid.*, l. vi, v. 848.

Excurrent alii spirantia mollius æra,

valuar ni medir por lo que sabe, sino por lo que es. Y si sabe lo que puede hacerle verdaderamente feliz, y contribuir á la felicidad de sus semejantes, ¿no es esta una verdadera ciencia, de que puede justamente gloriarse¹? Pero en fin, el Cristiano no desestima, ni descuida, ni desatiende las ciencias, ni las artes, que pueden ayudar al hombre, y á la sociedad en general; tiene obligaciones que cumplir en este punto, y los principios de la Religion son los garantes mas seguros del cumplimiento de estos deberes. — La pureza de costumbres, que forma una de las brillantes prerogativas de los hijos del Evangelio, da al alma un nuevo vigor, que asegura el aprovechamiento en los estudios; cuando el vicio y la disolucion abaten y envilecen el ingenio de los hombres profanos².

Credo equidem; vivos ducent de marmore vultus;
Orabuñt causas melius, cœlique meatus
Describent radio, et surgentia sidera dicent:
Tu regere imperio naturæ nititor æstus
Christiades; mundi domitor, scelerumque, tuique,
Surrige ad æternum mortalia pectora cœlum.

¹ Hæc dicit Dominus: Non gloriatur sapiens in sapientia sua... sed in hoc gloriatur, qui gloriatur, scire et nosse me, quia ego sum Dominus, qui facio misericordiam, et iudicium, et iustitiam in terra: hæc enim placent mihi, ait Dominus, *Jer.* ix, 23, 24.

² Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam. *Sap.* ix. — Véase el Discurso de Bergier, premiado en la academia de Besançon: *Como las buenas costumbres dan lustre á los talentos*; y otro de M. Clodoaldo Formé, premiado en Ruan el 1773 sobre este asunto: *La Religion eleva el alma, y engrandece el ingenio*. Hé aqui lo que leemos en un literato moderno, y que creemos verdaderísimo: « Nuestro siglo tan fecundo en áridas y frias disertaciones ha producido innumerables folletos, en los cuales se examinan y buscan » las causas de la decadencia del buen gusto. Una de las que ha » tenido mayor parte é influído mas en esta decadencia, y de la que » ni se ha hecho caso, ni hablado una palabra, es que habiendo » absorbido la sensibilidad de los placeres en algun modo á su anta- » gonista la sensibilidad del espíritu, de consiguiente se ha perdido » aquel fervor y noble entusiasmo, cuando se ha tratado de la ver- » dad y belleza literaria. Para suplir á su fuego divino se recurrió á » lo que se llama (*de l'esprit*) ingenio; pero este no puede reem- » plazar la fuerza del sentimiento, mejor que lo harian unas pocas » chispas á una luz brillante y esplendorosa. » Un teólogo de mu-

— El entendimiento más penetrante, más grande, más rico, más sutil nada vale, si no está dirigido por el espíritu de Dios, y por las máximas, y luces de la Religión verdadera: porque sin esto no podrá ser firme, seguro, constante, consiguiente¹. Por eso David pedía fervorosamente al Señor, no un entendimiento agudo, vivo, brillante; erudito, que arrebatare la admiración de las gentes, lo cual pasa como el humo; sino un entendimiento sólido, sano, firme en las reglas y principios de la ley de Dios²: por la misma razón nos advierten los Libros santos, que Dios es el supremo dispensador de las ciencias, y que solo en su divina luz se hallan los grandes y sublimes pensamientos³; que los hombres no llegan á ser sólida, y verda-

cho ingenio recitaba á este propósito aquellas palabras de San Pablo: « Caro enim concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur. » *Galat. v.* Un famoso naturalista (Kircher *Magnus.*) expresa elegantemente el mismo pensamiento, y lo realza con la aplicación feliz de unos versos antiguos: *Ex libatis corporum voluptatibus, dice, ipsa magis magisque brutescens anima ad sensus a ratione labitur.*

. gravi jam dudum saucia cura
Vulnus alit venis, et cæco carpitur igni.

Æneid. iv.

¹ De aquí las dudas, ansiedad, perplexidades, variaciones, el pirronismo de tantos hombres célebres en la carrera de las ciencias; de aquí las aserciones contradictorias, y destructivas de los mismos principios, de que parecen deducirse; de aquí esas confesiones humillantes, y por desgracia tan bien fundadas, de que los juicios de hoy nada valen, porque se reforman por los de mañana; que la evidencia no tiene señal, ni muestra de donde se halla; que la razón es una veleta expuesta á todo viento; y otras aserciones semejantes, por las cuales Bayle, Montagne, Diderot, etc., han destruido la filosofía. Admirable comprobación de aquellas hermosas palabras de San Pablo, que parecen una paradoja: *El que no se conforma con la sana doctrina de Jesucristo, nada sabe*: « Si quis non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Jesu Christi, et ei, quæ secundum pietatem est, doctrinæ, superbus est, nihil sciens. » *I Timoth. vi.*

² Juxta eloquium tuum da mihi intellectum. *Ps. cxviii.*

³ Quia Deus scientiarum Dominus est, et ipsi præparantur cogitationes. *I Reg. ii.*

deramente sabios, sino cuando están dirigidos por la sabiduría eterna de Dios, sentada, digámoslo así, en medio de ellos¹; por último, que no hay verdadera ciencia sin la ciencia de Dios².

381. *P.* ¿Pues la autoridad eclesiástica no ha condenado algunas opiniones, que despues se han reconocido por verdaderas, como, por ejemplo, la existencia de los Antípodas, el movimiento de la tierra, etc.?

R. Si cada vez que se ha repetido esta objeción, hubiera tomado un grado solo de prueba, serian ya tantos, que no se la podría contestar. Su desgracia es, que á pesar de tales y tantas repeticiones, está demostrado por la Historia, que en el caso de Virgilio de Saltzburgo no se trataba de Antípodas³, sino de la plu-

¹ Ego sapientia habito in consilio, et eruditus intersum cogitationibus. *Prov. viii.* Et si quis erit consummatus inter filios hominum, si ab illo abfuerit sapientia tua, in nihilum computabitur. *Sap. ix, 6.*

² Vani autem sunt omnes homines, in quibus non subest scientia Dei. *Sap. xiii.*—En efecto, todo es vanidad en el entendimiento humano, si no se eleva hasta Dios. Quitad la Religión del estudio, y de la adquisición de las ciencias; quitadle la grande y consoladora idea la inmortalidad, segun y como nos la presenta y asegura la fe cristiana; limitad nuestros conocimientos á un día ó dos de especulaciones sobre unos seres fugitivos y transitorios; y solo nos quedará un esqueleto descarnado, y deforme, un desierto sin verdor y sin agua; se acabó la filosofía del corazón: mis descubrimientos no hacen en mí sensación alguna; las causas finales pierden su interés, ó por mejor decir, son como si no fuesen: toda la naturaleza, que antes me hablaba de una manera tan viva y penetrante, y era tan dulce á mi corazón, ya no es para mí mas que una árida y estéril arena, donde reina el triste silencio de la nada. Algunos sistemas ingeniosos, algunas combinaciones de cálculo, alguno que otro fenómeno que sorprende, algunos accidentes que afligen y contristan, ó alegran momentáneamente; hé aquí á lo que se reducen para mí los encantos de las ciencias, y para aquellos á quienes instruyo el incentivo, y gusto de mis lecciones y de mis escritos. Las ideas sublimes, los sentimientos magnánimos, los afectos suaves y deliciosos, en una palabra, la belleza é importancia de las cosas nacen en la Religión, en la excelencia de sus dogmas divinos, y en sus dulces esperanzas.

³ Véase una preciosa disertación sobre esta materia en las *Memoirs de Trevoux*, enero de 1708, p. 136. La justificación de San Agustín, *ibid.* febrero, pág. 299.—Muratori (*de Moderatione in gen.*

ralidad de mundos, que efectivamente es una opinion bien frívola, por no decir mas, y mal recibida por los Cristianos ilustrados: por otra parte es seguro que no hubo sentencia alguna de condenacion contra Virgilio. Por lo que hace al *movimiento de la tierra*, injustamente han querido algunos escritores comprometer la autoridad de la santa Sede, é introducido en ella la cuestion de la infalibilidad del Romano Pontífice. Aquí no hubo Bula ni Breve alguno de su Santidad; fue un asunto, que se examinó en el tribunal del Santo Oficio, y cuya sentencia no se publicó sino en Roma; pero que se debe respetar ínterin que la verdad de la opinion que se prohibió defender como tesis, no esté demostrada¹. — El arrojó y

l. 1, c. 21) no parece muy enterado en este particular. Igualmente se engaña Berti en su *Compendio de Historia Ecl.* — El sabio autor de las *Investigaciones sobre el origen de los descubrimientos atribuidos á los modernos*, ha hecho la misma observacion que los Diaristas de Trevoux. « Yo no hablo aquí, dice, de la condenacion del Obispo Virgilio por el Papa Zacarias, por haber enseñado » que habia Antípodas, porque se han engañado en el hecho; pues » el Papa Zacarias no hablaba en la Carta á Bonifacio sobre este » punto, sino de los que sostenian que habia otro mundo distinto » del nuestro, otro sol, otra luna. » (T. I, p. 204.)

1 Manifesta no menos ignorancia que mala fe, quien se atreve hoy á culpar al tribunal de la santa Inquisicion sobre su procedimiento con Galileo: si en alguna causa se puede decir se ha llevado hasta el extremo la condescendencia, es esta; y el mismo Galileo sea el juez de ello. En *las Cartas filosóficas* (y verdaderamente filosóficas) á M... sobre diversos asuntos de moral y literatura, publicadas el año 1825 por M. Pougens, en todo el gusto de los impíos, en la que da por *Apendice* sobre la *vida y obras de Galileo*, la fuerza de la verdad hizo tomar á este filósofo la *defensa del Santo Oficio contra este hombre célebre*: de ella resulta de hechos citados por autor tan irrecusable, 1º que en el primer juicio contra Galileo se tuvo la atencion de no nombrarle, ni á sus obras: 2º que Galileo en todo tiempo fué tratado con distincion, y muchos miramientos, así por sus jueces, como por el Papa mismo: 3º que en el segundo juicio la condenacion del Santo Oficio recayó únicamente sobre las explicaciones que Galileo habia dado de diversos textos de la Escritura, para acomodarlos á sus sistema, aunque justamente se le hubiese prohibido el publicarlos: 4º y en fin, que el horrible calabozo, en que fué implacablemente encerrado durante el espacio de muchos años, fué primero... la casa del emba-

temeridad de estos forjadores de sistemas, que envanecidos por haber hecho alguno que otro descubrimiento, han traspasado los límites de sus conocimientos para impugnar verdades incontestables, obligan á los depositarios de la fe á velar con mas cuidado, á estar sobre aviso¹, y desconfiar de aquellas opiniones brillantes, que se apoderan, digámoslo así, de la enseñanza pública, y sojuzgan y arrastran sin advertirlo á quien las escucha á nuevos modos de pensar². Y á la verdad, ¿no seria una felicidad para el mundo, si la autoridad de la Iglesia pudiese curar todos los delirios filosóficos que han desolado la Religion, corrompido las costumbres, y trastornado ó conmovido la constitucion de todos los pueblos y naciones? Aun dado caso que la vigilancia de los Pastores proscribiese algunas verdades indiferentes, envueltas y confundidas entre un monton de errores monstruosos, ¿acaso semejante desventura seria digna ó mereceria llorarse

jador de Toscana; despues... el palacio del Arzobispo de Sena, su amigo; despues en fin... su misma casa de Belvedere, cerca de Florencia, su patria, donde se respiraba un aire bien sano. Así un amigo de los filósofos: ¿pues porqué siempre se reproducen las mismas quejas sin atencion ni respeto alguno á la verdad? Tendremos ocasion acaso de hablar sobre el particular mas detenidamente: véase en el interin el Berault Berscastel *Hist. eccl.*, t. 25, lib. 73.

1 Es tanto mas necesario esto, cuanto que en las cuestiones mas indiferentes suelen mezclar máximas, é ideas impías: en las gacetas de Madrid durante la invasion francesa, en un art. sobre la *inoculacion de las viruelas*, con el objeto ó pretexto de persuadir á ella, en un rasgo, y con toda seguridad quitaron del medio el milagro del ciego de nacimiento; Jesucristo, decia el impío redactor de aquel art., para curar al ciego de nacimiento, pudo valerse de su omnipotencia, pero quiso mas bien hacerlo con un colirio. — Richerand tambien, hablando de los *asfixiados*, á quienes se les hace volver en sí introduciéndoles aire nuevo en los pulmones; así es, dice (como quien no hace nada), como Eliseo resucitó al hijo de la Sunamitis, etc. Son sagaces los filósofos para propalar el error, y la persona impregnada de alguno con dificultad hay obra, por mas indiferente que sea, donde no lo vierta, y deje caer como por descuido.

2 *Aneid.* 1. — *Res dura et regni novitas me talia cogunt. — Moliri, et late fines custode tueri.* Véase justificado este procedimiento de los pastores en el Muratori. *De Moderat. in gen. in relig. negot.* l. 1. c. 24. *Non pravus est zelus, etc.*